

paciencia, temiendo la irrupción de los granadinos, nunca tan terrible y amenazadora como entonces, en aquel esfuerzo último de los árabes, para romper el círculo férreo que debía oponerles con seguridad el restablecimiento de la salud del Estado en Castilla y Aragón, por la firme y previsora política de los Reyes Católicos. Cumplíanse ya las órdenes de Solís, y preparábanse á salir todos los enviados á Córdoba, cuando se cumplió aquel popular dicho, que muestra y enseña cómo el hombre propone y Dios dispone. Ya estaba la comitiva en marcha, bajando la cuesta del castillo, y de pronto los vigilantes dan la señal de que se aproximan los moros.

CAPÍTULO IX.

Habréis visto muchas veces en el campo, cerca de los palomares, las bandadas de palomas reunidas, bien para beber en los remansos del arroyo, bien para devorar el trigo y las semillas que provida mano les ofrece; las habréis visto, si en el descuido les asalta una sorpresa bastante á espantarlas, alzar el vuelo, batir las alas, y arremolinadas en tropel, buscar un asilo en el sitio donde tienen sus guaridas y asiento. Pues bien; igual sucedió así que anunciaron el arribo de los árabes. Toda la comitiva se volvió en tropel y desorden al castillo, deseosa de un seguro contra la irrupción amenazante, cuyas avanzadas se veían ya por las colinas del Este requiriendo sus armas y provocando al combate.

Nada tan terriblemente bello como el aspecto que ofrece aquel sitio; las lanzas que brillan chispeando á los rayos del sol de la tarde; los soldados berbe-

riscos, de tez bronceada por los calores del desierto y envueltos en sus blancos alquiceles, que les dan aspecto de fantasmas; los soldados granadinos con trajes celestes, capacetes dorados, escudos gigantes de hierro, tras los cuales, como que se ocultan, y picas, y escalas, y todos los instrumentos del asedio en sus manos; los jinetes, caballeros en corceles árabes, que recorren toda la línea de combate saltando sobre las hondonadas y subiendo á las cumbres como si volaran; mientras, del otro lado, á la vista de tal grave peligro para los cristianos, la campana de rebato suena en las altas torres del castillo; los clarines difunden el terror bélico; las huestes corren á buscar sus armas; las cimas de los muros se coronan de defensores; y á los acentos del órgano, que se mezclan con los retumbos precursores del horroroso encuentro, los penitentes entonan á una en coro su cántico religioso, su salmo que pide compasión al cielo, y que parece como un celeste ángel tendiendo sus alas de los colores y de los reflejos del nácar sobre los horribles y pavorosos círculos de aquel encendido infierno.

Aunque tanto arreciaba el peligro, y tan terrible aspecto de súbito asedio tenía desde sus primeros instantes, Isabel sintió como un regocijo interior viendo que la Providencia, en sus designios inexcrutables, la encerraba con todos los suyos dentro del castillo, sin necesidad ninguna de faltar al respeto debido por todos los buenos hijos á las órdenes y mandatos de sus padres. Pero, en cambio,

Solís cayó, como herido de un rayo, en el primer sillón que topó al paso, sin ver ni el riesgo de su vida, ni la tala de su hacienda, ni la toma de su fortaleza, sino la probabilidad horrible de que una rota inevitable trajese aquel temido cumplimiento de un sueño, que le había con su horror atenaceado toda la noche, y aún le perseguía despierto. No estaba, no, en el ánimo de aquel guerrero castellano un desaliento incompatible con su natural fortísimo y con sus guerreras costumbres. Pasado el primer vértigo, comprendió cómo necesitaba justificar á sus propios ojos, para el caso de una desgracia, que nada se había perdonado, ningún esfuerzo, ningún sacrificio, ningún holocausto, en la defensa; y corrió á disponerla, resuelto con resolución inquebrantable á morir mil veces antes que presentar el cautiverio de los dos seres á quienes tanto amaba, como esposo y como padre. Isabel, á su vez, sintió el deber que tenía de no debilitar la defensa con debilidad ninguna por su parte, y se puso á mover los combatientes al combate, con todos los aires de un joven cruzado, como aquellos puestos en las cumbres de la inmortalidad por la poesía caballeresca y cristiana de la Edad Media. En su arrojado, salió á una de las torres del castillo, y estuvo allí mirando las evoluciones del enemigo y sosteniendo el valor de los defensores; empeño en que no cejara ciertamente, si su padre, ido á buscarla, no le dice que se quitase de la vista del sitiador. para no excitarle más, enseñándole aquella hermo-

sísima joya que podría encontrar en medio de los despojos de su triunfo.

No hay tiempo que perder. Los moros quieren después de haber tomado Zahara, tomar la fortaleza, palacio, castillo, cenobio á un mismo tiempo, donde pernoctara el embajador, que tan altivo se había mostrado en su embajada y tan resuelto á darle un sentido abierto de provocación y de reto. A mayor abundamiento en aquellas huestes por la toma de Zahara enardecidas, y esperanzadas como todos los que han probado el vino nuevo de una victoria reciente, se veían las huestes de los africanos expulsos, á quienes los cánticos de pasadas glorias y el eco de poesías elegiacas, en que se celebraban las bellezas incomparables de nuestra península, mantenían así en la creencia como en la seguridad completa de un próximo desquite. Con la fidelidad supersticiosa que ponían los árabes en el cumplimiento de sus pactos, no resonaban allí ni las trompetas ni los atambores, pero sí la estridente vibración de las armas, como si las agitara un aire misteriosísimo de tempestad y de muerte. Contábanse unos á otros los sitiadores, mientras el sol de aquella tarde nefasta descendía majestuosamente á su ocaso en los encendidos cielos andaluces, cuántos y cuán tentadores despojos debían hallarse allí, en el palacio de un magnate como Solís, tan rico por sus continuos triunfos sobre Granada y el Islam. Indudablemente habría, no sólo copia de ganados y de víveres que arrebató al cristiano, sino

perlas á celemines; joyas de rico precio traídas por sus antecesores de las tierras orientales y del imperio bizantino; reliquias que ofender en nombre del Profeta y que atesorar en los espasmos primeros del apetecido saco; y sobre todo mujeres hermosísimas, vírgenes tal vez consagradas al Señor, y que no habiendo sentido el fuego de las pasiones humanas, ofrecían á las voluptuosidades propias de los árabes delicias comparables sólo con las reservadas por las huríes del Profeta en las cumbres del Eden á los guerreros marcados con la predilección de Alah, y predestinados al eterno goce de la bienaventuranza.

Aunque aquellas tierras por irrupciones continuas estaban afligidas, ninguna, que tuviese tal aspecto de grandeza y solemnidad, como el cerco puesto por Muley Hacem mismo personalmente, al castillo de Solís. Veíase, que daba una grande importancia, en sus planes y en sus cálculos, á esta posición estratégica, verdadera clave de los caminos conducentes á las dos antiguas cortes andaluzas, á Córdoba y Sevilla. Mucho habían combatido allí, en choques fuertes é innumerables, las dos razas y las dos religiones enemigas. Hacem, el Sultán granadino, lo hacía observar así á cuantos le rodeaban, mostrándoles cómo cada piedra de aquellas colinas había sido empapada en sangre musulmana y había visto subir desde los suelos á los Edenes, en raudo vuelo, innumerables almas de creyentes. Así, no es aquella terrible aventura

fácil correría de las intentadas con ligereza y cumplidas con rapidez, como veraniega tormenta; es, por el contrario, un cerco apretado y matemático, en cumplimiento de un propósito antiguo y maduro. Por ende, las tiendas del sitiador se levantan en grande número; las líneas del cerco se aparejan con reflexiva madurez; los grupos de sitiadores toman posiciones estratégicas para impedir las fugas y copar á todos los enemigos; el caballo árabe caracolea por doquier con su jinete soberbio sobre su enjaezado lomo; las intimaciones de ordenanza se cumplen; y el monarca, seguido de un gran cortejo, en el cual brillan todas las preseas orientales al sol deslumbrador de una magnífica tarde andaluza, pasa revista con cuidado sumo á sus huestes, y las excita con fórmulas sacramentales de la islámica liturgia y del sagrado Koran, á mantener la fe de sus mayores, en lucha donde siempre pueden salir bien, puesto que les aguarda, si vivos, la victoria y el botín, y si muertos, la bienaventuranza y el Edén.

Imposible repetir la elocuencia empleada por el Sultán granadino en excitar el furor de los musulmanes contra los cristianos. Ellos tocarán, decía, sus campanas para evocar las iras del mundo y pedir los auxilios del cielo; pero las voces de nuestros muecines, mucho más fuertes que todos los campaneos de la idolatría, se levantarán sobre las estrellas del Empíreo y resonarán hasta en la peana del Altísimo. La tierra que descubris, tumba

fué de mártires, y puerta es de Edenes. Quien vacile, caerá en el fuego de los infiernos, que arden bajo nuestras plantas; y quien retroceda, en las garras, aceradas para recogerlo, del genio de las tinieblas. Jeques y varones santos, bendecidos todos por el Profeta y predilectos de Alah, esta noche tuve un sueño semejante al que tuviera Yusuf en la noche anterior al sublime triunfo de Alarcos. He visto, estando de rodillas en oración, descender, caballero en blanco y airoso corcel, un joven resplandeciente de hermosura, que llevaba verde bandera, cuyos pliegues envolvían casi el horizonte. Y como yo, embriagado por el olor de almizcle que á su paso dejara, le preguntase quién era, contestóme venía del séptimo cielo, por mandato de Alah, para decirme al oído el anuncio de la victoria. Creed, sí, en ella, porque mientras ven los enemigo en los aires su pagano general Santiago, tantas veces vencido por nuestras armas, nosotros vemos los ángeles, que dictaron el Koran al Profeta, y le prometieron el imperio y dominio de la tierra. No, á pesar de hallarnos reducidos al espacio que señorea Granada, no podrán prevalecer los paganos adoradores de tres dioses jamás sobre los ortodoxos adoradores del Dios único y supremo, Criador de todas las cosas. Habrán arrebatado al harem sus más hermosas mujeres, convertido las mezquitas en monasterios, reemplazado la voz angélica de los muecines con el tañido siniestro de las campanas, convertido, cual nube de langostas en de-

siertos nuestras florestas, y hecho esclavas las ciudades más bellas del Andalus, afeadas y tristes como las viudas ciudades del Anfranc; pero todo esto sucede por falta de fe religiosa en nuestras almas y por sobra de pecados en nuestra vida; y si recobramos las olvidadas virtudes, vendrá de seguro á visitar-nos la victoria. Y los cuatro vientos, contarán á los cuatro puntos cardinales nuestro heroísmo. Y los astros, al salir por el Oriente, se bañarán á una en la luz de nuestros ojos, si quieren expresar la dicha. Y los ángeles bajarán de las esferas y subirán á las esferas, como suben las aves á las ramas después de haber descendido, para contar á los bienaventurados el triunfo musulmico. Y Alah, dispondrá en el cielo para nosotros sus delicias, mientras la Historia grabará en sus libros nuestros nombres. Para la jornada de la otra vida hemos menester provisión de obras buenas; y ninguna superior á la pelea. Borremos las huellas del sacerdote cristiano en las losas de nuestras bendecidas Aljamas. Dios mismo nos acaudilla; y la sangre, que derramemos de nuestras venas aquí, será cambiada por el agua de los manantiales allí, á la sombra de los árboles del Paraíso, bajo cuyas ramas descansa la prometida hurí, que ha de cicatrizar con los besos ardientes de sus rosados labios las tristes heridas de vuestros cuerpos. Creyentes fieles, vamos al asedio, seguros de hallar allí, en aquella torre sombreada por la maldita cruz, una esplendente victoria.

La noche vino sobre aquel campo de batalla, y la luna clara vino sobre la noche. Las huestes de uno y otro ejército aprovecharon el espacio de iniciación y apercebimiento á la pelea para preparar los instrumentos de guerra y exterminio. En el silencio de las altas horas nocturnas, oíanse con los gorgoros de algún ruiseñor, en cuyo seno derramaba la primavera sus fecundos amores, el grito de algún cuclillo, mezclado con las plegarias de los frailes en penitencia, y las voces de los centinelas vigilantes. Por fin, al asomarse la mañana, con las sonrisas de luz que se llaman aurora, comienza el tiroteo, que diezma sin piedad á los defensoros del castillo y de la comarca, empeñados en una resistencia colosal, y tras estos primeros estragos de la tremenda lucha, el cañoneo, que mella los muros y prepara el momento de hallarse cuerpo á cuerpo los dos irreconciliables enemigos. Bien pronto los sitiadores creerán que tienen abierto el camino y que pueden á su arbitrio lanzarse, con esperanzas de victoria, sobre la presa palpitante. Mas no es así; aún hay quien les dispute con empeño el paso y quien les enseñe cómo no se puede tal fácilmente obligar á un español y á un cristiano, empeñado en defender sus templos y sus hogares, á morder el polvo y á declararse vencido. Del seno de aquellas fortalezas, verdaderos acuartelamientos de vasallos en armas, salen al eco de las trompetas feudales, resistencias verdaderamente insuperables por su fuerza y por su intensidad. Una batalla en toda re-

gla; batalla cruentísima se empeña entre los dos ejércitos contrarios, que pelean á una con furioso encarnizamiento, como cumple á quien ve, tras el apetecido logro de una disputada victoria, intereses permanentes de su religión y de su patria.

CAPÍTULO X.

En lo más alto de la colina, donde se alza el castillo, como una de las coronas místicas, por la religión puestas sobre las cabezas de los guerreros litúrgicos, una iglesia franciscana con sus cúpulas, que penetran allá en lo infinito y de las cuales parece alzarse la oración á los cielos, como se alza de los incensarios el incienso. En altar, que reverbera todos los esplendores del Renacimiento, campea hermosa Virgen, tallada por diestras manos, y al pié de la Virgen, flamean como guirnaldas de astros, las velas encendidas por la piedad y por sus santas esperanzas. Mientras los mosquetes y los cañones hacen retemblar el suelo y asombran con sus nubes de humo el aire; mientras vibran los aceros en siniestros choques, á cuyo estridente ruido la sangre se cuaja en las venas; mientras los gritos de ira, los juramentos de despecho, las voces de guerra, los clamores de los combatientes,

los ayes de los heridos, el estertor de los moribundos, se dilatan por todas partes, convirtiendo aquellas bienhadadas campiñas en verdadero infierno; dentro de la iglesia el órgano eleva en sus notas á las alturas los cánticos de los penitentes, de los cenobitas, de las mujeres, pidiendo, como náufragos, al Eterno que tienda su iris sobre aquella horrible lluvia de sangre; y vuelva, como en las orillas del Mar Rojo, contra los nuevos Faraones que desconocen hasta su Providencia, el omnipotente brazo, á cuyo esfuerzo quedan los humildes ensalzados y abatidos los soberbios. Isabel de Solís, más desolada por los peligros y los riesgos de los suyos, que por las innumerables amenazas relampagueantes á la sazón sobre sus sienes, pide prostrada de hinojos á María que no se olvide, por Dios, por su Hijo, del pueblo cristiano y no le abandone á la cimitarra del sarraceno en la deshecha borrasca, de tal suerte horrible y tremenda, que las altas cúpulas se tronchan como los palos de buque perdido en la borrasca, y los pavimentos sagrados se turban y estremecen como si los sacudiera terrible terremoto.

—«Virgen Madre—decía Isabel—por los dolores de ti sufridos ante la Cruz, acógenos so el manto, y no dejes huérfanos de divino auxilio á los soldados del Dios que llevaste en tus entrañas. Yo sé muy bien cómo el Criador permite muchas veces las victorias del mal sobre la bondad y la virtud, porque así conviene á la total grandeza de su Crea-

ción; pero sé también que algunas almas apocadas creeríanse huérfanas, ó maldecidas, ó réprobas, ó abandonadas, si no las acorriese ahora, en trance tan supremo, tu misericordia, y se decidiera por nuestros enemigos y los tuyos este disputado combate. Mira, Madre mía, cómo perecen y en que desamparo, aquellos consagrados desde la niñez á saludarte cual la estrella de su vida y á dirigirte las más místicas oraciones en letanías sin fin, llenas de religioso estro, y tan hermosas como las flores suscitadas por tu aliento en la dulce primavera. Guarece, Madre mía, sobre todo, al anciano que me diera el sér, y que ha pasado su vida combatiendo por la salud espiritual de tu Iglesia y por el nombre sacrosanto de tu Hijo. Compadécete, pues creo capaz á su alma de precipitarse, por desesperada, en la perdición eterna, si viese á esta pobre sierva tuya, que le debe sér y vida, en manos de los infieles. Todo el reino granadino se ha precipitado sobre nuestros hogares y amenaza con su pesadumbre aplastarlos, cual aplastaría un alud bajado de las montañas á pobres humildes nidos. Refugio de los tristes, consuelo de los afligidos, amparo de los abandonados, madre de los huérfanos, esperanza de los infelices, salud de los enfermos, seguro de los débiles, fortaleza de los humildes, torre de David, templo de Salomón, faro en las tormentas, estrella en las tinieblas, perdón que cae sobre todos los arrepentimientos, auxilio que acorre á todos los atribulados, iris en las tor-

mentas, aurora en las noches del alma, Virgen Madre, no abandones á quienes se agarran á tu manto y claman á ti, cuando el incendio sube hasta tus altares sacratísimos y el plomo de la guerra, fundido al fuego de los combates, cae, como asoladora lluvia, sobre tu ethérea corona. Socorro, piedad, María, nuestro escudo y nuestra Providencia.»

¡Ah! Los clamores de Isabel no debían oírse, no, entre los estruendos y los fragores del combate, porque las armas resuenan cada vez con estridor más fúnebre. Los caballos relinchan, y sus relinchos toman el acento siniestro de los maullidos del tigre; las gargantas, parecidas á los cañones, vomitan la maldición sobre la muerte; los heridos, desparramados por el campo, casi desconfían de Dios en su dolor; los cadáveres, todavía calientes, yacen aquí y allá diseminados; y los dos ejércitos se parecen, por el furor con que combaten, por el triste olvido y abandono de todo humano sentimiento, por la cólera que relampaguea en sus miradas, por el exterminio que sus armas siembran, por todos esos horrores, á las bestias salvajes, sin más guía que sus carniceros instintos, y sin más fin que el ajeno aniquilamiento, para salud y conservación de su vida. Solís defiende hogar y templo con el antiguo valor castellano. Donde quiera que su pendón cruje, que su espada centellea, que su brazo combate, allí está presente la furia más encendida y más atroz de la cruel pelea. Sus enemigos se lanzan sobre su cuerpo vivo como las moscas sobre

los cuerpos muertos. Mas, en su ira, creciente y aterradora, extiende alrededor suyo un siniestro círculo de cadáveres, que muestran la terrible pujanza de su esfuerzo. Y es todo este centuplicado valor obra del afecto que le posee y que le domina, del terror intenso y horrible por la suerte de aquella hija, ídolo suyo, á la cual ve, si por su mal sucumbe, sierva del enemigo allá en los senos del serrano. Así, á los empujes de tal idea, se torna por milagro, como un sér que rompiera las leyes incontrastables de la naturaleza y llegara en su furor á tocar con su frente los límites donde comienza lo imposible. Diríase, al verlo combatir, que las fuerzas de destrucción, repartidas por la naturaleza, le habían prestado algo de su nefasto poder de exterminio, pues según los muertos amontonados á su paso y por la pujanza de sus armas, creeríase que mata ese hombre con la vista. Y valor tal se halla movido por el recuerdo de todo aquello que guarece con su cuerpo y con su sombra el cuitado en la tremenda lucha. Sabe que si cae, aquel presentimiento, cuyos horrores tantas veces han desgarrado sus entrañas, aquella visión que le ha sobrevenido en horrosos ensueños y ha tomado el triste aspecto de siniestra pesadilla, todos los terrores de su alma paternal, previsor y profética, se cumplen; y la virgen castellana, que lleva sangre del Cid en las venas, timbres de cruzados heróicos en el escudo, apellidos inmortales entre sus nombres; nacida para dar hijos, continuadores de la cruzada espa-

ñola en el hogar ú oraciones propicias al cielo en el templo, va bien pronto á verse, como algunas otras castellanas de su origen y de su prosapia, manchada por los tigres del desierto, convirtiéndose de ángel celestial en triste impura manceba. Y como á esta idea el corazón se le salía del pecho, y golpeaba con sus latidos la fuerte armadura de hierro, la sangre le latía en las sienes, y le cegaba la vista; el dolor de la desesperación le trastornaba el seso, y le hacía perder el sentido; sucedíale, de seguro, lo que le sucede á los locos en las naturales sobreexcitaciones producidas por la tensión de sus nervios, que las fuerzas se le centuplicaban; y esparcía cadáveres y más cadáveres en torno suyo, como si aquel hombre, antes que un solo individuo, fuese, por la sobreexcitación de su natural ya valeroso, una fuerza, y una fuerza múltiple de la naturaleza.

Mas ¡ah! que no todos piensan como él; y no todos sienten lo que él; y no todos tienen una hija que disputar á la servidumbre y á la deshonra. Sus soldados han combatido con verdadero furor, pero no han logrado vencer la invencible fatalidad del número. Horas y horas, un día entero han resistido, pero las fuerzas humanas tienen su límite y no han bajado, no, del cielo aquellos milagros pedidos por Isabel con tantas instancias en sus oraciones á María. Las líneas cristianas han resistido el empuje cuando se ha necesitado la resistencia; y han acometido el combate cuando de la terrible acometida

se ha necesitado en los trances varios y en las varias alternativas de guerra tan feroz. Pero no hay, no, medio de avasallar y rendir á todo un ejército mandado por general como Hacem y nutrido por tantas fuerzas en campo abierto y sin más retirada posible que la de un castillo incapacitado de ofrecer largas resistencias á un empeñadísimo asedio. Toda la esperanza del defensor se libraba de suyo en el combate, á la vista de las fortalezas empeñado, para evitar el cerco. Si este combate no podía romper las huestes enemigas ni retirarlas al otro lado de las cercanas colinas, era, en verdad, la derrota hecho cierto, y no había más remedio que resignarse á una entrega más ó menos tardía. Por esta razón potísima, Solís mantuvo más tiempo la inútil resistencia, aferrado á no retirarse tras los muros ya vacilantes de la fortaleza, sino después que hubiera perdido la esperanza. En efecto, según la feliz comparación de árabe cronista, los muertos hacinados aquí ó allá en aquel campo de los terribles combates, parecíanse á los montones de yerba que dejan los segadores por do quier esparcidos en las segadas praderas. No había, no, remedio. Los últimos defensores de aquella comarca iban por fuerza incontrastable á recluirse dentro de los muros, último asidero á su esperanza. Al padre desesperado sólo se le aparecía una visión horrorosa en aquella lucha tremenda; su Isabel, vestida de mora y encadenada en el serrallo. A esta visión, sólo se le ocurrió una cosa, pedirle al cielo que le preser-

vara de la muerte, para volver al castillo y morir allí entre sus cuatro paredes. Y deseaba volver al castillo y deseaba combatir entre sus cuatro paredes todavía, porque dado su horror á la esclavitud horrible de Isabel, estaba seguro de tener tiempo para partírla por su propia mano el corazón y arrancárselo del pecho y lanzárselo á los bárbaros, mostrándoles cómo su padre mismo daba la muerte á la hija predilecta, por no saber, ni en la tumba, cavada por sus combates, el deshonor de aquella que había sido como el regocijo de su vida. Y en cuanto esta idea se le ocurrió, ya no quiso luchar más tiempo en campo raso, ni sostener una porfía, en la cual pudiera morir sin satisfacer este vivo deseo. Y en efecto, á tal idea, tocó á retirada y entraron los heroicos defensores en aquel castillo, donde solo podían aguardar la derrota y la muerte. Mas, á pesar de tal apuro, como la triste naturaleza humana es así; como la esperanza brilla siempre hasta en los ocasos más oscuros de la fortuna; Solís se juró á sí mismo no apelar á este supremo recurso sino después de haber perdido toda probabilidad de salvación en su defensa. Y entraron los cristianos en la fortaleza, mientras los árabes, envanecidos con sus ventajas, se apercibían á recrudecer el combate y apretar el cerco.

Inútil resistencia la heroica resistencia de Solís. Un feudo, por grande que sea, no puede combatir con un Estado, por pequeño que parezca. Las fuerzas granadinas se han reunido para destroz

aquellos torreones señoriales, en cuyas ruinas dejaran los héroes que los defienden, cicatrices demostrativas á un tiempo mismo de su honor y de su infortunio. Cuando los moros ven retroceder á los cristianos, lanzan clamores siniestros, en cuyos acentos se oyen mezclados odios, tales como aquellos que expresan los milanos al desprenderse sobre sus víctimas, los cuervos al husmear sangrientas matanzas, los tigres al ver cercana la presa, los leones al rugir exaltados por la carnicera fiebre.

Hacem se vuelve á los suyos para mostrarles el resultado feliz de su ardimiento y les dice cuánta más resistencia ofrecía la riscosa inexpugnable Zahara, que aquel castillo palacio dominador de amplia llanura fácilmente dominada. Los árabes recogen estas palabras con verdadero entusiasmo y se aperciben á rematar la pelea con los laureles del triunfo. No los cosecharán, á pesar de su fortuna, con tanta facilidad como ellos piensan. Los nuestros pedirán á la desesperación esa fuerza de resistencia, mayor que todos los seguros ofrecidos por las espesas murallas y las altas torres á los sitiados en horrible cerco. La sangre ya vertida, los cadáveres dejados en los tristes y luctuosos campos, les animan á vender cara la victoria. Pero no importa, porque los sitiadores redoblarán el empuje. Las balas, que desde los comienzos del día se han cebado en las paredes más ó menos espesas del castillo, habrán abierto brecha por la cual los sitia-

dores intentan penetrar en el refugio último de los sitiados. Para ello tienen y llevan consigo todos los instrumentos necesarios al sitio. Si las escalas ceden, subirán á las almenas amontonando los muertos. En vano: por las grandes aspilleras estalla un fuego que parece volcánica erupción, y en vano las ventanas llueven lluvia de agua hirviente y encendido azufre. El ataque toma tanta intensidad como la resistencia, y los moros, envueltos en la espesa nube de humo formada por tantas bocas de fuego como vomitan plomo derretido, pelean ya cuerpo á cuerpo en lo alto de los muros, en la cima de los torreones, como si el odio les hubiera prestado alas de diablo.

En tal horror, la fortaleza no tiene más remedio que rendirse. Sus fuegos se apagan porque perecen hasta los mismos que sostienen y aplican las mechas. Todos han cumplido con su deber y todos han aceptado la muerte antes que dar un paso atrás, el cual pudiese desguarnecer un sitio, ó abrir al árabe feroz un camino hacia el interior de la domada fortaleza. En cada punto, de los propios para la defensa, el defensor ha caído bajo el peso de la fatalidad y bajo la muchedumbre del mayor número. Los héroes en su vida, fueron mártires en su muerte. Y una vez más enseñaron á las generaciones venideras con qué holocaustos se redime y se rescata y se forma y se conserva el suelo de la patria. Ningún lazo de los que ciñen á la tierra el hombre con cadenas de flores, ninguno los detuvo.

Ante la esposa, ante la prometida, no léjos de la cuna de sus hijos, murieron todos en cumplimiento de un deber sagrado. Solís estuvo en la pelea, en lo más recio, en lo más peligroso, en lo más sangriento, cual si tuviera cien vidas que dar por su honor y por su Dios. Sólo cuando la tierra le faltaba completamente bajo los piés y el aire se volvía como irrespirable por el espeso humo de que lo había cargado el combate y las cortinas de las murallas se desprendían sobre sus tenaces defensores, sólo entonces, magullada su armadura, cubierto de sangre desde los piés á la cabeza, ennegrecido por la humareda infernal, corrió al refugio postrero de los vencidos, á la iglesia, que se levantaba sobre la universal batalla, como se levantan las copas de los árboles sobre las inundaciones. Y aun para ir á la cima de tal asilo fué de cara completamente al peligro y al combate, sin volver ni rostro ni espalda y movido por el deseo de inmolar á su hija, antes que consentir la deshonra presentida por su amoroso corazón de padre.

¡Oh! La iglesia, la iglesia, qué terrible. Sus vidrios de colores habían caído todos en menuda lluvia destrozados, ora por el estruendo no más, ora por el estallido terrible de los copiosos proyectiles. Los santos de los altares habían sido acribillados también como los defensores de la fortaleza. Las mujeres, los ancianos, los niños, todas las criaturas inútiles para la guerra, se habían refugiado allí en tropel, y con sus quejas, con sus ayes, con sus

alaridos, con sus sollozos, daban á los rezos y á los salmos un eco tan siniestro, como si en una misa de *Requiem* se oyeran los clamores de los difuntos al tocar con sus espíritus las llamas del purgatorio. Algunos de los refugiados allí, como quiera que se hallase compuesto el pavimento por losas sepulcrales, tendíanse inertes sobre su frialdad mortal y demandaban á los esqueletos su helada compañía.

Uníase por necesidad en aquellos seres piadosos pertenecientes á tiempos de tan viva fe, uníase con el terror producido por los furóres del combate y la seguridad del vencimiento, el terror producido por la próxima profanación del templo amenazado de saqueo. Isabel redoblaba sus oraciones á medida que se redoblaba el peligro. Su clara voz pidiendo piedad y misericordia, en concierto con sus compañeras las mujeres del castillo, evocaba el recuerdo de un coro de alondras que se bañaran á una en la luz de regiones donde no podían llegar los vapores del combate ni los asaltos de la muerte. Y sin embargo, sus oraciones, que comenzaron por pedir la victoria, concluyeron por pedir solamente la conservación de aquellas vidas indispensables á su propia existencia. Y ni en esto las oyó, ni en esto siquiera, el cielo sordo á sus clamores. Los vasallos más fieles y los deudos más queridos iban cayendo uno tras otro en las espirales tempestuosas del asolador combate. Para tener una idea de la situación de Isabel, imagináos el naufrago que cla-

ma y pide socorro á los cielos, al desasirse de la tabla última y encontrarse combatido por la deshecha borrasca entre los choques de los encrespados oleajes y los silbos de los horribles huracanes, sin que le conteste, cuando implora misericordia, ninguna otra cosa más que los centelleos del relámpago, los chasquidos del rayo, los retumbos del trueno y el paso entre las verdinegras espumas batidas por el viento, de los naufragos que ya cadáveres parecen convertidos en sombras tan nefastas como las que se ven por los senos entreabiertos de los abismos oceánicos. En uno de tales clamores, el fin de la catástrofe se presenta. Las puertas de la iglesia se abren y Solís entra preguntando por su hija con un puñal en la mano. Hállase la infeliz en la capilla mayor y al pié del altar donde brilla la Virgen, todavía rodeada de sus ángeles y de sus luces, sonriendo serena como en las mayores fiestas, entre los estruendos del bombardeo y los ayes del naufragio. Solís descubre á Isabel desolada y corre con su puñal vibrante y levantado en las manos á clavárselo en el corazón. Pero ¡ah! en aquel momento la puerta de la sacristía se abre, Hacem sale con varios de los suyos, y dirigiéndose al sitio por donde viene Solís, abaláncase á él y le cercena con su alfanje la cabeza. El cadáver cae desplomado en el crucero; y la pobre Isabel, dando un grito, se desmaya en el sitio mismo donde estaba arrodillada. Nadie la socorre, porque nadie se cura de sus semejantes en horas tan terribles y en momen-